«cristo debe reinar, el emperador no puede ser mas que el primer súbdito del Evangelio.

ENTRETENIMIENTO DIEZ.

Respuesta á una objecion de los pancistas progresistas. Reflexion sobre la obra de la propagacion de la fé. Una mirada sobre los progresos sociales de los chinos, de los indios y de los turcos.

Despues de haber mostrado la bella sociedad edificada por el antiguo paganismo, será bueno, mis amigos, deciros una palabra de los pueblos contemporaneos, que viven todavia bajo el imperio de falsos dioses. Esta será la mejor respuesta á una objecion que ha estado tan en boga, que algunos de vosotros tendrán ya conocimiento de ella.

Los libres pancistas, que quieren que los hombres hayan salido de la tierra, nos dicen tambien que todas las religiones han salido del cerebro de los hombres: obligados á convenir en que el cristianismo vale algo mas que todas las religiones paganas, ved la bella esplicacion que dan de esto. La ley del progreso, dicen, ha hecho que el hombre, que probablemente no fué en su principio mas que una planta ó una ostra, se haya elevado por trasformaciones sucesivas al estado de animal terrestre montado sobre dos piés, servido por dos manos y dotado de inteligencia, esta misma ley ha querido que refinándose el espíritu humano, se haya elevado tambien de las ideas groseras y caprichosas del paganismo á las ideas mas espirituales, mas nobles y mas morales del Evangelio; pero no hay necesidad de que el hombre se pare

en tan bello camino, la ley del progreso que le hace aspirar á darse un cuerpo menos débil, menos sujeto á las enfermedades y la muerte, un espíritu mas ilustrado, mas libre de las tinieblas de la ignorancia, lo lleva á buscar tambien una religion mejor, y nomas los católicos son de un entendimiento tan limitado, que ellos son los que únicamente creen su religion perfecta.

Ya lo veis, amigos mios, estas gentes esplican una necedad por otra necedad mas grande. ¿Será necesario que yo refute en detall la una y la otra, y segun mi método, mas por los hechos que por el discurso? Yo pido sobre esto el parecer de Mr. el instructor, rogándole me diga, si las fábulas de la filosofía del progreso han encontrado creyentes entre nosotros.

El instructor.—Yo no creo que estas estravagancias estén mas acreditadas en nuestros cantones, que los absurdos del ateismo, con los cuales ellas se confunden. Uno que se haya escapado del colegio podrá ir á esparsir estas ojarascas á los imbéciles que filosofan en las taberna entre las bocanadas de numo de tabaco y de vino, y él será aplaudido, porque un zote siempre encuentra otro mas zote que lo admira.

Que los bausanes grandes y pequeños, que no ven en nuestras ciudades mas que las obras del hombre y nuestros progresos en las artes, se imaginen que es lo mismo en las obras de la naturaleza, y que el tallo de una planta ó la concha de una ostra hayan podido ser la primer cuna de la humanidad, es tanto mas posible, cuanto que ya ha sucedido: yo he conocido por sus libros á famosos académicos de fines del siglo pasado, y princi-

pios del nuestro, que no teniendo bastante fé para creer que todos nosotros salimos de la mano de Dios por Adan y Eva, se encontraban bastante crédulos para sostener seriamente, que nosotros podremos ser descendientes de una planta ó de un pez pasando por la condicion de nuestro visabuelo el puerco, y nuestro abuelo el horan-gutan.

Pero esta profunda filosofía no haria mas que dar que reir á nuestros campesinos: si ellos ignoran el griego y el latin, saben que la col siempre es col, y que si es fácil á un hombre, á un académico, pensar y vivir como bestia, es imposible á la bestia pensar y vivir como hombre. No parece bien buscar en la naturaleza la ley del progreso universal, ella no existe sino en el cerebro de los ignorantes, todo degenera en nosotros, en nuestros animales, y en nuestras producciones alimenticias, si no estamos allí para sostenerlos y mejorarlos con nuestro trabajo.

Las constituciones físicas se degradan y se enervan lejos de perfeccionarse, desde que se quieren hacer ídolos de nuestros cuerpos: no se renuncia á la religion, sino para caer en las bestialidades del ateismo, y los deberes sociales dejan el lugar á las estupideces de las sectas de los comunistas; en suma, si la filosofía pancista nos hace progresar, es haciéndonos retroceder á una barbarie tal, que nunca se habia visto.

Pero me apresuro á acabar, mi señor, para no retardar lo que ibais á decirnos de los pueblos infieles de nuestros dias: esta es una materia menos desconocida á vuestros oyentes, entre los cuales, tengo gusto en de-

cirlo, un buen número de ellos leen los «Anales de la asociacion para la propagacion de la fé,» y por consiguiente conocen mejor el estado moral y social de los paganos modernos que el de los de la antigüedad.

Platon Polichinelle.—Estoy encantado con lo que acabais de decirme, mi señor, y ahora encuentro la razon de la grande facilidad con que se comprenden aquí las verdades religiosas, cuando sé que tengo el honor de hablar á un pueblo de apóstoles: tal es el glorioso título que merecen los miembros de la asociacion para la propagacion de la fé; socorriendo con sus oraciones y sus limosnas á nuestros misioneros, tienen parte en los trabajos y en la corona de estos mensageros del cielo y bienhechores de la humanidad. Aquel que nada promete sino lo que cumple ha dicho: «El que recibe al profeta como profeta y le ayuda, recibirá la recompensa del profeta.» (1)

Se habla hoy mucho de fraternidad universal; ¿pero cómo establecer esta fraternidad, y hacerla creer á esos pueblos bárbaros, si nuestros misioneros no les enseñan que los hombres son hijos de un mismo Dios, salidos del seno de una misma madre, rescatados con la sangre del Hombre Dios? Se habla de libertad, de igualdad, de progreso; pero ¿qué pueden estas palabras sobre los idólatras del Asia, de la Africa, de la Occeanía, mientras que el sacerdote no haya dicho á estos ciegos paralíticos: «En el nombre de Jesucristo, abrid los ojos, levantaos y marchad?

(1) S. Mateo cap. 10. v. 41.

En medio de las maniobras infernales que empujan el bajel de la Europa sobre el escollo de la muerte se nos ha dado la obra de la propagacion de la fé como nuestra última áncora de salvacion. La Francia, de la que ella es una sublime inspiracion, le debe, yo estoy convencido de esto, los grandes prodigios de misericordia de que ella vive hace muchos años.

Católicos de todos los paises, tibios ó fervorosos, alistémonos todos en este divino trabajo de la redencion universal, y por pobres que seamos, no nos hará falta el corto tributo de cinco céntimos por semana y de una corta oracion diaria por salvar á setecientos millones de nuestros hermanos. Paisanos honrados y trabajadores á quienes parecerá gravosa esta contribucion anual de cincuenta y dos sueldos, dejad una vez al año de ir á la taberna, y así encontrareis mejor á vuestra familia, y el dia en que los mismos santos temblaran, encontraréis un grande consuelo. Escrito está: «la caridad cubre la multitud de los pecados.» (1) Cooperar á la salud espiritual y temporal de tantos desgraciados ¿no es la caridad de las caridades?

Despues de estas palabras de recomendacion que yo debia á la obra católica por excelencia, y al deseo que tengo de veros á todos asociados á ella, digamos amigos mios alguna cosa de los paganos actuales, y de los bellos progresos que han hecho en la religion y en mejoras sociales.

Puesto que muchos de vosotros leen los «Anales de la propagacion de la fé,» que son á mi juicio lo mas curioso é interesante de las publicaciones de nuestra prensa, ellos podrán deciros en que estado de embrutecimiento, de corrupcion asquerosa, de miseria estremada, encontraron nuestros misioneros hace quince años á los insulares de la Oceanía, á pesar de estar dotados de mucha inteligencia, y viviendo la mayor parte sobre el suelo mas fértil que hay en el mundo: ellos podrán hablar tambien del gusto de estos hijos de la razon y de la naturaleza, por lo que ellos llaman el alimento de los dioses, es decir por la carne humana, cocida al horno ó chorreando sangre. Este gusto era tal antes de la llegada de nuestros sacerdotes, que no era una cosa rara que un marido echára al horno á su muger para regalar á sus amigos: en las islas Wallis y de Trituna, habitadas hoy por cristianos angelicales, apenas hace treinta años, que un reyezuelo que gobernaba algunos millares de insulares hacia servir á la vez sobre su mesa, hasta catorce cuerpos humanos, unos azados, otros vivos, á fin de que hubiera en ella para todos los gustos: os llenais de horror, yo tambien; pero esto no quita que hayamos de reconocer en este monstruo un libre pancista.

Como yo no quiero que se me acuse de ir á buscar mis pruebas ni muy lejos ni muy cerca, dejemos á los antropófagos de la Oceanía y echemos una mirada sobre los dos pueblos mas antiguos y mas cultivados del Asia, los Chinos y los del Indostan. Ya os he dicho algo de sus ideas religiosas, hablemos ahora de su estado social.

En China los hombres no comen carne humana; pero es muy ordinario que los padres echen á los hijos recien na-

(1) 1.ª de S. Pedro cap. 4.º v. 8.

cidos á los perros y á los puercos que inundan la ciudad. Los misioneros Jesuitas de Pekin habian escrito en el último siglo, que habian contado en menos de tres años nueve mil setecientos dos niños echados así en las calles de la capital: se tuvo esto por muy exagerado en atencion á que Voltaire, que era entonces el evangelio de la Francia, afirmaba que los chinos á quienes jamas habia visto, eran mucho mas hermanos y civilizados que los cristianos de Europa; pero ved aquí que un filósofo y viajero inglés, en una obra intitulada «Investigaciones filosóficas sobre los chinos,» creyó poder afirmar que los Jesuitas lejos de decir mucho, no habian dicho bastante: él sostenia que computando los niños que las parteras sofocan en un baño de agua caliente por una paga que se les dá, los que se echan á la Rivera despues de haberlos atado á la espalda una calabaza vacía, los que los carros, los barrenderos llevan todas las mañanas al muladar, los que los puercos y los perros devoran por las noches, los que son hechos pedazos bajo los pies de los caballos y mulas, los que se echan á los canales, no habria exageracion haciendo subir á treinta mil el número anual de los infanticidios en Pekin. Las relaciones de nuestros actuales misioneros confirman que en la China, como en todas partes, la capital dá el tono á las provincias. Observad que estas innumerables víctimas casi todos son varones, porque con las mujeres, los chinos que estiman el oro mas que á su vida, se hace un grande comercio con los Turcos, que las compran para poblar con ellas sus serrallos.

Estos horrores son los que han inspirado á un Obispo

francés (Mr. Forbin de Fauson) la fundacion de la obra de la santa infancia, para el rescate de niños infieles en China y en otros paises idólatras, tierna asociacion formada de nuestros niños desde su tierna edad hasta la primera comunion, y cuya cuotizacion es de cinco céntimos por mes. Muchos de vosotros, amigos mios, podrian hacer entrar á sus hijos, y creo que estos doce sueldos por año, puestos sobre el banco de la caridad católica, serian una grande especulacion para el tiempo y para la eternidad.

Aquí teneis la sociedad doméstica en China: en cuanto á la sociedad civil y política, ella se compone de tres clases: 1.ª los hijos del cielo, ó sea de los emperadores, ídolo encerrado en su palacio y que pudiéndolo todo, nada sabe, ni hace nada: 2.ª de un mundo infinito de grandes y pequeños mandarines civiles y militares, incomparables en el arte de vender la justicia y de roer las rentas del Estado y de los particulares: 3.ª de un pueblo obligado á sufrirlo todo, de una fullería sin igual en el comercio, fomentando unas usuras en que prestan á tres mil por ciento. Ved aquí un rasgo entre mil que os dará una idea de los hijos del cielo y del ejército de ladrones y de verdugos á que está confiado el gobierno de trescientos millones de hombres.

La religion china manda que el emperador vaya cada doce años á ofrecer sacrificios á los hijos del cielo sus abuelos, cuyos huesos descansan en una ciudad de la Tartaria. Para esta peregrinacion se necesita cada vez un camino nuevo, porque bien comprendereis, amigos mios, que un hijo del cielo no podria, sin decaer de su

grandeza, seguir un camino abierto para los hijos de la tierra. Este camino debe ser tan bien construido y guardado, que ningun chino, tártaro ú otro, pueda profanar con sus miradas á su magestad imperial, delito castigado siempre con la muerte, aun cuando se cometa por inadvertencia ó descuido. El emperador se digna hacer él mismo el gasto de este camino, y señala para esto una suma de treinta millones sobre el tesoro público, los mandarines se parten esta suma y hacen trabajar al pueblo y le pagan con barazos.

¿Quereis tener una idea de las fuerzas de esta China, que podria ser el mas poderoso de los imperios, puesto que es cinco veces mas populoso que el mas grande de nuestros imperios? Escuchad: Habiendo querido el Hijo del cielo, hace de siete á ocho años, impedir á los ingleses vender el veneno (el opio) á sus vasallos, se puso sobre un grande pié de guerra: el gobierno ingles envió una pequeña escuadra con algunas tropas de desembarque; desde el primer encuentro comprendieron los chinos que estos pequeños batallones vestidos de encarnado eran muy capaces de dirigir una puntería sobre Pekin y de ir á encerrar en una jaula al Hijo del cielo en medio de sus millones de soldados: se apresuraron pues á celebrar un tratado. En 1848 escribia recientemente un misionero, que un pequeño brich ingles de ocho cañones, montado á lo mas por cuarenta marineros, bloqueó por espacio de un mes el puerto imperial de Chang-Hay donde se encontraban cuatro mil embarcaciones chinas, montadas por mas de cuarenta mil hombres. Estos bravos no se atrevieron á mover pié ni mano an-

es del dia en que habiendo recibido una satisfaccion el capitan ingles, se dignó levantar sus áncoras.

Pasemos á la India Oriental, otro teatro inmenso de latrocinios crueles en los que gobiernan, de opresion y de carnicería de los débiles en la familia. Ya os he hablado de la bella fraternidad que reina de casta á casta, entre las cuatro castas de una parte y de la otra; el pueblo de los parias maldecidos del cielo. Esta religion prohibe absolutamente dar muerte á una serpiente, á una mosca, á una pulga, y hace de la muerte de una vaca un pecado tan irremisible como la muerte de un brahaman; pero exije que la muger, creada solamente para el servicio del hombre, que es su Dios, se deje quemar viva sobre la hoguera de su marido: ella tambien aconseja á los padres desahacerse de los hijos que les nacen en ciertos dias infaustos: ella permite en ciertas provincias que se engorden pequeñas criaturas para fertilizar con su sangre y su carne las tierras, y atrer por estos sacrificios las bendiciones del cielo. [1]

¿Cuál es el poder político de estas poblaciones, igualmente abominables por la lubricidad y la crueldad de sus costumbres? Ved aquí una muestra. Hace mucho tiempo la compañía de mercaderes ingleses esplota como señora absoluta cerca de cien millones de indios, y cuando este inmenso rebaño hace alguna señal de moverse, bastan algunos regimientos ingleses para sosegarlos.

Acabemos nuestra revista de las naciones infieles con

(1) Historia de la sociedad doméstica entre todos los pueblos por Mr. el abate de Gaume. Tomo 2.ª parte 3.ª cap. 8.º

una palabra sobre los turcos nuestros vecinos. Los creyentes de Mahomet valen ciertamente mas que los chinos y los indios, ¿por qué? Porque su falso profeta ha hecho muchos plagios al cristianismo en los que, desfigurando en todo al verdadero Dios y á su ley, él ha querido que sus sectarios le adorasen: estando menos lejos de la verdad religiosa, que es la madre única de las virtudes sociales, los turcos tienen habitudes laudables, tales como la hospitalidad, una cierta buena fé en el comercio, el respeto por la virtud en los otros, el reconocimiento por los beneficios. Nuestros sacerdotes, nuestros religiosos, tan mal considerados frecuentemente en el occidente, son generalmente respetados en Turquía y entre los musulmanes de Africa. Nuestras hermanas de la caridad, contra las que ahuyan á manera de bestias los libres pancistas de Suiza y de Italia; los turcos de Constantinopla y de Esmirna, las veneran como ángeles bajados del cielo para el alivio de sus enfermedades y la instruccion de sus hijitas.

Pero con todo esto los hijos de Mahomet no son mas que unos pobres bárbaros: ellos tienen bajo de llave y reducen á la condicion de las bestias á la mas bella mitad del género humano, concediendo á un solo hombre de mil quinientas á mil setecientas mugeres; hacen, me parece, mil quinientas desgraciadas y otros tantos desgraciados por el placer de enerbar y embrutecer á un ser lascivo condecorado con el título de Sultan, de visir de

Pachá &c. (1) Es verdad que para consolar á los miserables que de esta manera se les ha privado de una compañera, se les somete á un tratamiento de que no hay necesidad de hablaros.

Que nuestros libres pancistas, que estarian muy satisfechos de remplazar nuestras comunidades de vírgenes, por comunidades de concubinas á sus ordenes, y envidien las costumbres musulmanas, y no se oculten, como sucede á uno de ellos que yo podia nombrar, que pase sin decirlo; pero yo creo, amigos mios, que vosotros sereis de diferente modo de pensar, y que en caso de una revolucion en este sentido, vuestras mugeres y vuestros hijos no serian los últimos en ayudaros á darles una buena casa á los pancistas.

Se nos dice que fuera de la vagatela del embrutecimiento de hombres y mugeres y de la castracion de los eunucos, los turcos son enemigos de la sangre, si, cuando ellos juzgan inutil la sangre; pero el difunto sultan Mahomet para civilizar sus tropas, no dudó hacer echar en el Bosforo veinte y dos mil genizaros en una sola vez: el Pachá Mahomet-Ali para civilizar el Egipto hizo lo mismo con sus mamelucos; y nosotros sabemos que los Pachás y otros comandantes de provincia son muy prontos para hacer vibrar el palo y la cimitarra contra cualquiera que se hace sospechoso de ocultar su oro; sin embargo Mahomet habia abolido el antiguo uso de dar muerte á todos los descendientes varones en linea cola-

(1) El último Sultan Mahomet, celebrado como un grande partidario de las reformas y de las luces, á su muerte dejó mil seiscientas viudas en su serrallo.

teral de la casa reinante. Su hijo Abdul-Medijid, el mas humano de los sultanes, ha juzgado oportuno restablecerla. Su hermana casada con Hali-Pachá, habiendo tenido la desgracia de dar á luz un hijo varon en 1843, se le hizo ahogar á las cuarenta y ocho horas, lo que puso en tal estado á la infortunada madre que á los dos meses perdió la vida. Si amigos mios; los turcos, son los turcos, ellos tambien viven bajo las leyes de la razon y de la naturaleza.

¿Qué concluir, amigos, de esta revista de todos los pueblos infieles, sean antiguos ó sean modernos? Concluiremos desde luego que el cristianismo es la sola ley religiosa y social que impide á los hombres venir á ser peores que las bestias, y devorarse aquí abajo, los unos con los otros, para ir á devorarse en otra parte.

Concluiremos en seguida que el solo progreso que se puede esperar de los pueblos, cuya razon no ilustra el evangelio ni reforma la naturaleza, consiste en esto: y es que en lugar de sacrificar á los hombres por millares en los templos y en las principales vecinas, como se hacia en Méjico y en la Occeania, estos pueblos encontrarán una manera mas sábia de esplotar la especie humana. Se hará como en Grecia y en Roma, en la China y en las Indias y entre los turcos, se derramará menos sangre humana á los ídolos; pero los soberanos y los grandes se erijirán en Dioses y devorarán los pueblos con una insaciable avaricia y crueldad. Para proveer á los holgorios de algunos millares de ociosos y lascivos, se condenará á la reclusion, á la infamia, á la esterilidad á millones de mugeres, se mutilará por el fierro á una infinidad de jóvenes, se echarán á los perros y á los puercos los frutos de la lubricidad, se condenará al pobre labrador y al obrero á los incesantes insultos, á las feroces esplotaciones de una nube de ladrones que obtendrán del príncipe sus patentes.

Ved aquí, amigos mios, la única civilizacion posible entre los pueblos que no tienen como nosotros la felicidad de vivir bajo la ley cristiana, única capaz de civilizar á los hombres, porque ella les enseña á respetarse y á amarse como hijos de un mismo Padre que está en los cielos; pero segun parece Mr. el Mayre tiene una pregunta que hacer.

El Mayre.—No otra que esta mi señor: ¿Por qué Dios no ha hecho conocer á todos los pueblos la ley cristiana? Yo no quisiera suscitar dudas sobre la bondad de Dios; pero pensando en tantos de nuestros semejantes que viven en la ignorancia de la verdadera religion, estoy tentado de decirme: ó el cristianismo no es tan necesario para la salvacion como se dice, ó nuestros sacerdotes exageran hablando del gran deseo que Dios tiene de salvar á todos los hombres. Se nos dice que esto es un profundo misterio, yo convengo en que no se puede esplicar todo en las obras de Dios; pero sin destruir el misterio, ¿no podria darse alguna buena razon, que ayudara á creer y refutar tantas objeciones, sobre todo esta: si la religion cristiana es la única verdadera, es perdido el género humano?

Platon Polichinelle.—Yo trataré de hacer lo que deseais, mi señor, en los entretemientos siguientes, dandoos

una noticia histórica de la religion cristiana desde su orígen hasta nosotros: espero probar que Dios en nada ha descuidado para hacer llegar el conocimiento de su ley á todos los pueblos, y que si esta ley ha estado y aun está desconocida á un grande número, de ninguna manera es á Dios á quien se debe hacer este cargo.

ENTRETENIMIENTO ONCE.

Revolucion obrada por el cristianismo. Lo que seria preciso pensar de la Europa si Jesucristo no fuera Dios. Pobreza de todas las objeciones contra la fé cristiana.

Si la historia del antiguo testamento nos prueba la solicitud de Dios por la salud de todos los pueblos, ella tambien prueba hasta la evidencia que el suceso de la empresa exigia otras manos que las que habian trabajado hasta entonces: por esto nos dice San Pablo que, habiendo hablado Dios otras veces á nuestros padres por los profetas, muchas ocasiones y de diversas maneras, últimamente nos ha enviado á su Hijo. (1)

¡El Verbo Creador por quien fueron hechas todas las cosas ha venido á hacerse hombre en el seno de la Vírgen! La Magestad infinita, en cuya presencia los millones de soles esparcidos en el espacio no son mas que tinieblas, ocultándose á todas las miradas en el Niño del pueblo de Belen, en el taller del carpintero de Nazareht, en el suplicio del Calvario! es á la verdad, amigos mios, un misterio asombroso. Los pimeros que fueron encargados de hacerlo creer al mundo, conocian tan bien la dificultad de la empresa, que confesaban abiertamente que esta doctrina no debia parecer á los paganos sino una locura, y á los judíos un escándalo, una blasfemia. (1)

(1) Epíst. á los hebreos cap. 1.° v. 10.

Sin embargo, la locura del Dios de la Cruz, despues de haber sido combatida con un increible furor por todas las potestades del mundo, ha acabado por triunfar de las mas poderosas naciones, y en sus causas y en sus efectos nada tiene este triunfo que se parezca al triunfo de las otras religiones.

En efecto, amigos mios, despues de lo que os he dicho en los entretenimientos precedentes de las religiones paganas, sean antiguas, sean modernas, habeis visto sin dificultad de donde han salido, como se han establecido y lo que ellas han hecho. Obra de las pasiones que están en el corazon de todos los hombres, no han tenido obstáculo alguno que vencer para reinar sobre los hombres, y ellas nada cambiaron en la marcha de los negocios humanos.

¿Qué eran los dioses y diosas de los antiguos griegos, romanos, germanos, celtas &c. &c.? Eran lo que son todavía los dioses y las diosas de los idólatras del Asia, del Africa, de la Oceanía. Eran bajo diferentes nombres, heroes y heroinas, príncipes y princesas, cuya historia se habia colocado en los cielos, y que poco contentos de sus holguras en lo alto, venian de tiempo en tiempo á solazarse en la tierra á expensas de sus devotos y devotas.

¿Qué exijian de ellos? Algunos sacrificios, los unos inhumanos, los otros rídiculos: cantos, fiestas la mayor

(1) San Pablo á los corintios Epíst. 1.ª cap. 1.° v. 23.